

LA PALABRA

Cuando la imaginación despliega las alas en instantáneo vuelo, y en su don de ubicuidad y su poder de andar ó desandar siglos y edades, de recorrer espacios y tiempos sin dirección ni medida, se detiene un momento á contemplar la Tierra en aquella edad en que la creación la engalanó con las últimas bellezas, cuando ya el aire pulsa la lira de las selvas y el agua surca en corrientes la llanura, la mente, iluminada con los destellos de la visión clara, concibe la grandeza de esa armonía de leyes y fuerzas que presiden la existencia de todo lo creado; y juzga que esa mansión grande y fecunda, exuberante de vida y hermosura, debe ser el dominio de un ser que piense, sienta y quiera. Entonces, entre los vivientes que gritan sólo al impulso de su instinto, que vagan en el monte ó en el llano inconscientes de la grandeza que por doquier existe, cruza altivo y dominador el Hombre. Luce en su frente la aureola de la razón, que gobierna su voluntad y dirige sus actos; y sus pupilas irradian vibraciones de una fuerza que penetra la esencia de las cosas, la relación de la causa y el efecto. Y en un momento culminante de la vida del mundo, — momento de júbilo para la naturaleza entera, — cuando las tinieblas huyen porque la claridad se acerca, en etérea cuna de gasas tenues y de tintes de oro, tendida en los comienzos del espacio, nace un punto brillante, deslumbrador; la claridad se extiende de un horizonte al otro; las gotas de agua abandonan en vapores sus lechos de hierbas y corolas; y el hombre, de frente su faz al Sol, contempla en éxtasis esa belleza incorpórea que hermo-sea los espacios y la tierra; siente que le seduce y que le atrae, que le transmite energías desconocidas, que ella es necesaria á su existir; siente que la ama; y siente que una fuerza interna y misteriosa pulsa el arpa eólica de su voz y que sus labios se entreabren para dar paso al sonido articulado con que las llama «Luz».

¡ Y nace al mundo la Palabra, bella, sublime producción del hombre, formada como él de materia y de alma: por materia, vibraciones del sonido; el pensamiento, la idea por alma. Y en vuelo raudo y seguro cruza de un confín al otro; y es siempre la nota bella y dominante en esa colosal sinfonía de la naturaleza, en que cantan el rumor y el trueno, el león y el ave, el arroyo y la cascada!

Comienza la palabra su tarea eterna de elaborar el perfeccionamiento humano; tarea inmensa, que empieza con el hombre primitivo

y acabará cuando se extinga en la superficie del planeta el último ejemplar de la especie que piensa y que razona. Y bautiza al hombre mismo, que le dió existencia, y los seres animados y las cosas.

¡Cuán fecunda y poderosa es la palabra! Más diáfana que la luz y más sutil que el éter, penetra al interior del ser humano, hace vibrar el sentimiento y á la razón adormecida la levanta. Congrega á los hombres primitivos y, con la voz del más prudente y sabio, les habla de sentimientos más humanos, les despoja de la dureza agreste que ejercitan, les conmueve, les persuade, morigera sus áperas costumbres, les induce á la bondad, al bien; y enciende entre ellos el amor de hermanos. Su imperio es la humanidad y el mundo todo. Da expresión al pensamiento en sus mil variadas formas y lo transmite á través de todas las distancias. Formula las leyes y preceptos que rigen las colectividades; á su voz las ciencias resplandecen y progresan; las artes se multiplican, las ciudades se levantan; la razón impera entre los hombres; la justicia extiende sus dominios; la paz reina en el hogar y en las naciones; el comercio acrecienta las riquezas; y bajo su influencia poderosa, mágica, el orador arrastra multitudes y el poeta hace vibrar las almas.

¡Cuán grande es la palabra! Nunca pudieron desmembrar su imperio ni tiranos, ni prisiones, ni destierros, ni mordazas; mientras que ella y la pluma, su aliada, derribaron troncos, levantan estatuas y abren senderos á la Libertad, que independiza y enaltece al hombre y da á las naciones existencia soberana. Y si la Filosofía y el Derecho, las Ciencias y la Naturaleza misma no demuestran la igualdad entre los hombres, bastaría á establecerla la comunidad de la palabra, que revela un cuerpo y un alma en el noble como en el plebeyo, en el potentado como en el paria.

Las ciencias y el ingenio progresan á su impulso y al mismo tiempo han caracterizado siglos con el Alfabeto, la Imprenta, el Telégrafo, el Teléfono y cien otros elementos destinados á su conservación y á propagarla. La palabra conserva y guarda el saber acumulado de muchos siglos en templos que se llaman Academias, Bibliotecas, Institutos; templos en que arde incesantemente el fuego del genio y de la civilización. Pero tiene otros templos que prefiere, otros templos que más ama, donde su culto es cotidiano, ferviente, intenso; templos que las naciones multiplican con emulación más grata, y donde los cultores de la palabra son, por una parte, las generaciones infantiles que se preparan para la lucha de mañana contra las resistencias de la vida, y por otra los maestros, esos propulsores incansables de la marcha de la civilización humana. Allí se muestra insinuante, benévola, solícita, en la voz del maestro que interroga; allí tierna, sencilla, juguetona, en el niño que contesta; serena, clara, investigadora, en la Geografía ó en la Historia; concisa y lógica en las Matemáticas; en la Literatura, entusiasta y galana. Allí, en esa colmena de la inteligencia, de la civilización y del saber; en esas aulas modestas y austeras, donde constantemente chocan en los muros, se reflejan y entrelazan rayos de la luz que brilla en la mente humana; allí la palabra elabora diariamente la grandeza de la Patria, en esos corazones y en esas inteligencias

que recién avanzan hacia los dinteles de la vida práctica. Cuenta el maestro, para el desempeño de su elevada misión, principalmente con su preparación y la palabra; y si es tan feliz que pueda disponer de esta última en todas sus formas y modalidades, podrá tener la satisfacción de ver que se insinúa en el niño, que lo atrae, lo convence y lo ilumina; y que así no habrá corazón que no modele ni inteligencia que no reciba la enseñanza.

¡Es sabia la palabra! Ella enseña al hombre que su misión es elevada; que el trabajo es ley suprema, de las leyes naturales emanada, á que obedece el ave surcando el aire en busca de alimento y la hormiga almacenando su vitualla; que el estudio es la labor más fecunda y noble que engrandece al individuo y á las colectividades; que las leyes del Bien han de reglar nuestras acciones para existir en equilibrio y armonía con el orden moral que en la naturaleza impera; que ésta invita al hombre á investigar y descubrir sus leyes, sus fuerzas, sus misterios, los gérmenes de vida, el protoplasma; que al perfeccionamiento ha de tender si ha de ser digno de la inteligencia que en su frente brilla y de su misión como miembro de la humanidad, la Patria y la familia; y que el progreso es el camino por donde los pueblos civilizados marchan.

¡Es universal y tolerante la palabra! Se amolda á la división y á la idiosincrasia de las razas: Filosófica y misteriosa en los indúes, viste el ropaje de los Arias; mitológica y moral entre los griegos, se cubre con la túnica de Esparta; en el Lacio, dulce y elocuente, se llama latina ó italiana; en la rubia Albión, inglesa; francesa en las alegres Galias; hispana en la Iberia altiva; y sonora, viril, galana, con el aroma de América y la grandeza de las pampas, en mi patria es castellana.

¡Bella es la palabra! En el niño que riendo balbucea, ella con gracia inocente solicita nuestro cariño y ternura; es bella en la elocuencia, que en mil cambiantes formas con flores la engalana; bella y majestuosa en los altares, donde alza en sus alas la plegaria; bella cuando el padre habla á su hijo; sublime cuando el niño dice: ¡Madre!

¡Bella es la palabra! A su influencia nace en el pecho la alegría ó se inunda el corazón en llanto. Vibra sonora en el combate, entre el trueno del cañón y la metralla; enardece el patriotismo; evoca la imagen de la Patria; estimula el valor; lo centuplica; y decide la batalla. Toda la belleza que la ciencia encierra; toda la armonía que la poesía exhala; lo bello de la idea; la inocencia de la infancia; la luz que ilumina el pensamiento; la ternura que el corazón alberga; lo grande, lo generoso, lo sublime que mueve el sentimiento; se infiltra en la palabra, á cuyo impulso las almas gemelas se aproximan y la chispa del amor estalla.

¡Bella es la palabra! Ella en la canción del argentino empieza llamando la atención del mundo, para oír los clarines de la Fama, que resuenan de un polo al otro polo, saludando á una nueva nación que se levanta con las sienes coronadas con los lauros y en un trono de igualdad y democracia.

¡Sublime es la palabra! Ella también contribuye á la grandeza de mi patria, donde ha dictado leyes protectoras para todos los hombres que quieran habitarla y empujarla por el sendero que la lleve á ser nueva cuna de la latina raza. Y cuando el joven argentino se estremezca de orgullo y de amor por la argentina patria, y recuerde su génesis glorioso, iniciado en las márgenes del Plata, pedirá á la palabra que proclame que ha nacido en cuna de laureles, cubierta con la bandera azul y blanca.

Chilecito, Octubre 14 de 1911,

BARTOLOMÉ ROLDÁN.